

Olalla.—Mientras Olalla esté junto al Empecinado, al Empecinado no le será imposible la paz. (*Breve pausa.*) Estás cansado, Juan Martín. Necesitas dormir. Apóyate en mí, y duerme. Una hora, al menos... (*Juan Martín, poco a poco, se reclina sobre Olalla, apoya su cabeza sobre las piernas de ésta con la cara hacia arriba, y queda mirándola fijamente, fascinado por la delicada ternura maternal de su amante.*) Duerme. Duerme... (*Canta.*)

Duérmete, Empecinado,
duerme sin prisa,
que este pueblo de España
te necesita.

Duérmete, Empecinado,
duerme y descansa,
que después de esta guerra
te espera España.

(*Mientras Olalla canta la segunda estrofa, va oscureciéndose lentamente la escena.*)

Estampa III

Entre mi enemigo y yo

La misma decoración que en el cuadro anterior. Unos minutos más tarde. Penumbra.

Escena I

Juan Martín y Olalla

(*Al iluminarse la escena, Juan Martín sigue durmiendo sobre el regazo de Olalla. Al cabo de unos segundos, un golpe de aldaba en la puerta de la calle.*)

Olalla.—Va, va...

Juan Martín (*despertando súbitamente e incorporándose*).—¿Quién llama? (*A Olalla.*) Me había dormido...

Sardina (*desde dentro*).—Soy Sardina. Hay algo que debes conocer, Juan Martín.

Juan Martín.—Voy.

(*Juan Martín se dirige hacia la puerta y la abre. Entra Vicente Sardina.*)

Escena II

Juan Martín, Olalla y Sardina

Sardina (*entrando*).—Perdóname, pero este pleito sólo tú puedes resolverlo.

Juan Martín (*con cierta alarma*).—¿Qué pasa? ¿Contraatacan los franceses?

Sardina.—No, es otra cosa. Uno de los prisioneros, un capitán de húsares, ha intentado fugarse, y el centinela le ha herido en un brazo. Al detenerle de nuevo, ha cerrado la boca, y no ha habido Dios que pudiera sacarle una palabra. Yo sospecho que no es francés; vamos, que es español. Y tratándose de un oficial, tú eres el que debes tomar cartas en el asunto.

Juan Martín.—¿Un oficial, dices?

Sardina.—Sí; de húsares.

Juan Martín.—Ahora lo recuerdo. En lo más duro del meneo de esta mañana, cuando ellos cargaron; venía derecho hacia mí; y si el Crudo no le mete a su caballo una bala en el pecho, no sé en qué habría parado aquello. *(Breve pausa.)* ¿Dónde está?

Sardina.—Ahí fuera, entre dos hombres de mi partida.

Juan Martín.—Traelo tú. Esos hombres, que no entren. *(Sale Sardina.)* Y tú, Olalla *(dirigiéndose a ésta)*, deja que Sardina y yo resolvamos a solas este asunto.

Olalla *(con ironía un poco melancólica)*.—Esta vez, al menos, Francia no traerá perfumes. *(Sale Olalla por la puerta lateral.)*

Escena III

Juan Martín, Sardina y Diego

(Queda Juan Martín solo. A los pocos segundos, entran Sardina y Diego Baeza. Este vestirá uniforme de capitán de húsares del ejército francés y llevará el brazo izquierdo, toscamente vendado, en un cabestrillo.)

Juan Martín.—¿Herido? ¿Es cosa grave? *(Silencio de Diego.)* Además de herido, mudo. ¡Vamos, responde! *(Diego sigue en silencio.)* ¿Qué pasa? ¿Estás sordo, estás mudo o no quieres hablar? Porque entenderme, me parece que me entiendes. *(Persiste el silencio de Diego.)* Por lo visto, te propones hacernos perder la paciencia. En fin, tú lo has querido. *(Se acerca a Diego y le sujeta con fuerza el brazo sano.)* Regístrale, Sardina. *(Hácelo Sardina, y en la cartera del uniforme de Diego encuentra un papel.)* Vaya, ya tenemos algo. *(A Sardina.)* Dame ese papel. *(Sardina se lo da, y Juan Martín lo lee.)* Mucha letra francesa hay aquí. Ya veo: es tu nombramiento. Y aquí hay un nombre, que tiene que ser el tuyo. ¿Te llamas Diego Baeza? *(Este no responde.)* Vamos, amigo, ponte en razón, o tendré que perder los buenos modos. ¿Te llamas Diego Baeza? **Diego** *(después de un nuevo silencio, irguiéndose con dignidad)*.—Sí.

Juan Martín.—Ya vamos sabiendo algo. ¿Eres español?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Y por qué vistes ese uniforme?

Diego.—Porque es el mío.

Juan Martín.—¿El tuyo?

Diego.—Soy capitán de húsares.

Juan Martín.—¿Del ejército francés?

Diego.—Del ejército francés.

Juan Martín.—¿Y cómo, no siendo francés, has ascendido tan ligero?

Diego.—No he ascendido. Antes fui capitán de caballería del ejército español.

Juan Martín *(tras una breve pausa; con gravedad)*.—Lo que faltaba para redondear el día: primero un asesino, luego un ladrón y ahora un traidor. *(A Sardina.)* ¿Qué hacemos, Sardina)

Sardina.—Pegarle un tiro en la nuca y enterrarlo. Así sabrá bien lo que pesa la tierra de España.

Juan Martín.—Ganas, no me faltan. Pero a un hombre, aunque sea un traidor, no se le puede condenar sin haberle oído. (*Breve pausa.*) ¿Qué hacemos? ¿Le mandamos al Cuartel General o le juzgamos aquí?

Sardina.—¿No eres tú general? Aquí puede ser el juicio.

Juan Martín.—Tienes razón. Aquí será el juicio. (*Breve pausa.*) El Crudo, tú y yo formaremos el tribunal; el cura Mingarro será el secretario. Sácalo, y que tus hombres le custodien. Luego buscas al Crudo y al cura y venís los tres cuanto antes.

Sardina.—A tus órdenes.

(*Salen Sardina y Diego.*)

Escena IV

Juan Martín y Olalla

(*Queda Juan Martín solo. Pasea lentamente por la escena con expresión meditabunda. Luego se acerca a la puerta lateral y la abre.*)

Juan Martín.—¡Olalla!

Olalla (*dentro*).—Voy, Juan Martín.

(*A los pocos segundos, entra Olalla.*)

Juan Martín (*con voz grave*).—Olalla...

Olalla (*alarmada*).—¿Qué te pasa?

Juan Martín.—Lo peor que podía pasarme. La cobardía de la gente, la aguanto; después de todo, querer vivir no es cosa mala. Lo que no puedo aguantar es la traición.

Olalla.—¿La traición? ¿Quién es el traidor?

Juan Martín.—Uno de los prisioneros no es francés; es un capitán español que está sirviendo a Napoleón. Contra nosotros luchó esta mañana.

Olalla.—¿Y eso te hace sufrir?

Juan Martín.—Mucho. El pensar que un español es mi enemigo, me quema el alma.

Olalla (*dura*).—Manda que lo maten; más que el Tuerto no vale. (*Acercándose a Juan Martín con amor.*) Un traidor no merece que tú sufras.

Juan Martín.—Tenemos que oírle. Sardina, el Crudo y yo vamos a formar el tribunal del juicio.

Olalla.—Tiempo perdido. Es traidor, y basta.

Juan Martín.—Olalla, nunca es tiempo perdido el que se emplea en oír la verdad de un hombre.

Olalla (*mirando con respeto a Juan Martín*).—Mucho vales, Juan Martín. Porque sé que te molesta, no te repito lo que antes te dije.

Juan Martín (*con tono ligero*).—Deja esos cumplidos para los gabachos con su Napoleón. Aquí todos somos pueblo, y cada gallo tiene su pepita... y su cresta. (*Gravemente otra vez.*) Hay traidores, sí; pero ¿dónde no los hay? (*Escuchando.*) Me parece que ya están ahí Sardina y el Crudo. (*Golpe de aldaba en la puerta.*) ¡Adelante!

(*Entran Sardina, el Crudo y el cura Mingarro. Este vestirá un uniforme mixto de sotana y guerrera, y llevará sable al cinto.*)

Escena V

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Crudo y el Cura Mingarro

Sardina.—Aquí estamos.

Juan Martín (*al Crudo y al cura Mingarro*).—Ya os ha dicho Sardina de qué se trata. Para mí, un trago peor que una carga de coraceros. (*Al cura Mingarro.*) Cura: ¿ha traído papel y pluma?

Cura Mingarro (*mostrando el toSCO estuche que lleva consigo*).—De todo traigo. Guerrillero, cura y escribano. No os quejareis del servicio que presto en la partida.

Juan Martín.—Buen sable, buena letra y buen *requiescat in pace* cuando le llegue a uno su hora. No está mal. (*Breve pausa.*) No hay que perder tiempo, si queremos salir de este pueblo a media noche.

Crudo.—¿Qué hemos de hacer?

Juan Martín.—Constituir el tribunal, como diría uno de los del Cuartel General. Pondremos la mesa en el centro, y una silla delante. El cura, en uno de los costados. Adelante.

(*Dirigidos por Juan Martín, Sardina y el Crudo disponen la mesa en el centro de la escena, con tres sillas en uno de sus lados largos, otro en uno de los cortos y otra frente a ella.*)

Sardina.—¿Así?

Juan Martín (*contemplando el conjunto*).—Así está bien. El lugar no da para más. (*Breve pausa.*) Ahora, Sardina, ve a buscar al traidor.

(*Sale Sardina.*)

Escena VI

Juan Martín, Olalla; El Crudo y el Cura Mingarro

(*Prodúcese un breve silencio. Lo rompe Juan Martín.*)

Juan Martín (*al cura Mingarro*).—Cuando decía misa en Fuentecén, ¿quién le iba a decir a usted, cura, que iba a verse metido en estos berenjenales?

Cura Mingarro.—Para todo lo que se presentara me eché yo al monte contigo, Juan Martín. En estos tiempos que corremos, hay que servir a Dios con el tabuco.

Crudo.—Y *usté* no lo hace mal, que digamos.

Juan Martín.—Quitando al cura de Villoviado, que con ese no hay cristiano que compita, que me digan a mí dónde hay un guerrillero como nuestro don Venancio Mingarro.

Cura Mingarro.—Se hace lo que se puede. Y en lo demás, lo que decíamos en el seminario: *nemo dat quod non habet*.

Crudo.—No nos venga con latines, don Venancio. ¿Qué quiere decir eso?

Cura Mingarro.—Que si no doy más de mí, es porque más no tengo.

Juan Martín.—Por curiosidad, cura: ¿qué le gusta a usted más, el rosario o el tabuco?